

# Ansias de silencio

Pom... Pom... Pom...

Leves pisadas en las escaleras principales. Una pequeña sombra en la pared bermeja del corredor.

-Ya viene...- Murmuró la madre, palideciendo.

Alice no podía soportar cuando su hija bajaba de la habitación. No soportaba verla, oírla o estar con ella. La sola presencia de la niña le producía escalofríos. Sus pasos la llenaban de angustia. Su llanto la ponía enferma.

La niña sonriente de coletas rubias y piel lechosa llegó al recibidor. Frunció levemente el ceño y miró interrogante a su aterrorizada madre.

-Nos mudamos.- Le explicó Alice a su hija, con un murmullo.

Alice ya no aguantaba los paseos nocturnos de la niña, sus rabietas, el que no comiera, el sepulcral silencio algunas veces y el atronador ruido otras; el casi inaudible crujido de la madera cuando caminaba, su abrumadora rapidez al hacerlo, como si sus piececitos no tocaran el suelo. No podía con esa casa ni con la niña.

La pequeña chilló. Su madre realmente odiaba cuando lo hacía.

La criatura volvió a subir las escaleras, como un torbellino, como una niebla sobrenatural o una ventisca brutal. Una de esas ventiscas que piensas que dejará al mundo sin aire y a ti sin aliento. Así se sentía Alice frente a las rabietas de la niña, como si sus pulmones se vaciaran de repente y un vacío del tamaño de un agujero negro la carcomiera por dentro.

Cuando la pequeña subió las escaleras, cruzó la segunda puerta a la derecha y se puso a observar la que había sido su habitación en completo silencio, compungida. Los coloridos libros de cuentos de hadas se amontonaban descuidadamente en horizontal sobre la destartada "estantería", una ahora solitaria y vacía balda en la pared de un azul blancuzco, enfermizo, anteriormente cubierta de dibujos infantiles de sirenas, hadas y dragones. Las cajas con sábanas y mantas descansaban cerca del armario que en su tiempo había sido el escondite favorito de la niña, junto a las bolsas de basura llenas de juguetes, listas para ser llevadas al contenedor.

La cría se sentó en un polvoriento y desocupado rincón y se miró las manos, preguntándose por qué, simplemente, no podía seguir viva.